

## LA GUARDIANA DE LOS GIRASOLES

\*\*\*\*

>> El frío Norte de Aragón se caracteriza por sus interminables campos de girasoles. Vistos desde arriba, con la mirada empañada, se asemejan a un baño de pétalos dorados rasgados por briznas de color hierba. Desde la ventanilla de un simple coche, no es tan majestuoso; sólo simples flores amarillas que miran hacia el Este, o si son jóvenes, rotan con el sol.

Los girasoles producen pipas, alimento. Con ellas se fabrica el aceite y no es tan barato en épocas de escasez. Pero en los fértiles valles de Aragón nunca suele haber una escasez extrema. Como curiosidad, sus semillas siguen una disposición relacionada con Fibonacci y el número áureo... <<.

Jose, en la furgoneta de su madre, cerró el libro de golpe, y se subió las gafas con la punta del índice. Miró a la derecha: su hermana mayor se había dormido contra el cristal. Miró a la izquierda: Su hermana menor seguía contemplando el paisaje con la tristeza pintada en la mirada.

Bufó y dirigió la mirada a su madre: seguía conduciendo.

Parecía cansada y demacrada. Y por dentro él también estaba ligeramente roto. Pero era mejor dejar un alma rota, que cortarse las manos intentando arreglarla. Abrió el libro de nuevo.

\*\*\*\*

El constante repiqueteo de las piedras contra los tapacubos de la furgoneta, hicieron que Gema se sobresaltara y despertara. Se había dormido mirando aquel aburrido paisaje contra el cristal sucio, y no tenía ningunas ganas de bajar del vehículo hacia su nuevo hogar.

Mientras se apartaba el cabello caoba de la frente, no pudo evitar ver a sus hermanos; sentados a su lado en la parte trasera.

Jose, pecoso y desinteresado; leía con parsimonia un viejo libro que había cogido “prestado” de la gran estantería del estudio. No paraba de subirse las gafas, que se le resbalaban debido a su inmenso tamaño y a su naricilla de tan corta edad.

La pequeña María de ojos tristes y celestes, estaba apoyada contra la ventana, como lo había estado Gema hacía un momento. No había vuelto a hablar desde que su padre no había entrado en casa con su habitual sonrisa, revolviéndole el pelo. Con ella siempre llevaba su muñequita de trapo rosa con ojos de botón, que ahora descansaba en su regazo.

–Cinco minutos y llegamos –la voz cansada de su madre les llegó desde delante de la *Kangu*. Tenía el pelo anaranjado de sus dos hijos menores, y los ojos verdes de Gema.

La mayor de los hermanos profirió un suspiro de resignación cuando el coche paró delante de una vieja casa.

El techo era de pizarra e inclinado, con el color desvanecido tras los largos años expuesto al brillante sol. La madera era gris y resistente, no parecía tener humedad ni estar podrida, pero el hecho de que hubiera algún que otro agujero en algunas partes de la casa, no ayudaba a mejorar su imagen. Sus ventanales

eran altos y estrechos, transparentes y reforzados; los había por toda la estancia: desde el pequeño almacén pegado a ella, hasta la pequeña habitación del segundo piso que sobresalía haciendo a la vez de porche. La única ventana redondeada se situaba en lo alto de la fachada, adornada con letras de acero negro.

### *Villa de Girasol*

Y es que el nombre no le extrañó nada a la mayor mientras cogía las maletas, instando a Jose que dejara ya el maldito libro. Todo el terreno hasta donde alcanzaba la vista, estaba lleno de aquella planta; cada una crecía a unos insignificantes cinco centímetros de la siguiente. O aquello le pareció a Gema.

Su hermano menor apareció por fin para ayudarla con el equipaje, las cortinas, las sábanas y todo lo demás, que estaba metido en cajas cuyo tacto daba repelús. Su madre cogió sin decir nada un par de ellas, mientras se secaba el sudor de la frente.

Su maleta fue la que entró primero, subiendo con cierta dificultad los tres escalones de la entrada y chocándose contra los pilares que sujetaban el porche. La puerta de roble se abrió con un crujido cuando entró a la Villa.

El interior estaba completamente a oscuras, y tras unos momentos que su madre dejó las cajas junto a su maleta y encendió el generador que se encontraba bajo una ventana, la mortecina luz del techo se encendió muy a duras penas.

Todo estaba cubierto de polvo, y la razón de que no hubiera ni un atisbo de luz, eran las pesadas cortinas de terciopelo; echadas a cal y canto. Una gran escalera con una alfombra roja se posaba en el medio del gran recibidor, y dos

aberturas que ocupaban casi toda la pared a ambos lados (que comunicaban a otras habitaciones como la cocina y el comedor), componían la estancia además de unos muebles viejos y astillados.

Gema salió al porche al ver aquello, disgustada, hasta que María le llamó la atención.

Estaba agachada junto al vallado que separaba su parcela de aquel amarillento campo y acariciaba los pétalos de un girasol con los dedos. Lo miraba sin expresión, pero aferraba a la muñeca con la mano izquierda, como si estuviera teniendo una lucha interna. Sus ojillos se iluminaron como una lámpara azul mientras fruncía el ceño.

La mayor se encogió de hombros, mientras dejaba pasar a Jose, que llevaba las pesadas cortinas. Su hermana menor era un misterio en sí misma y aunque no se lo reprochaba, no dejaba de ser extraño para una niña de su edad.

Al caer la noche, tras deshacer las maletas y colocar cacharros de cocina, las fregonas en el almacén, arreglar los boquetes en las paredes, sustituir las cortinas, dejar los alimentos en la despensa, limpiar para que pareciera una casa decente y llenar los armarios de pino recién lavados de polillas, Gema pudo tumbarse en su cama de sábanas blancas para que sus ojos verde desvaído se fueran cerrando poco a poco mientras miraba a través de la ventana.

*Estefanía, arrancando un puñado de girasoles y colocándolos en un jarrón junto a un gran ventanal. Cómo se marchitaban aquellas flores de la forma más horrible, mientras una melodía taimada, perteneciente a una macabra cajita de música resonaba en sus oídos...*

\*\*\*\*

María cogió una vela de panal que había encontrado en uno de los cajones de la cocina y la puso junto la ventana, al lado de su muñeca de trapo mientras miraba al horizonte. La caja de cerillas estaba en su bolsillo.

A ella le había tocado la habitación que hacía de porche, semicircular y luminosa. Apartó sus ojos azules para dirigirlos al jarrón que acababa de colocar su madre, con varios girasoles mirando a través de la ventana, hacia el sol.

Sonrió y acarició los pétalos con la yema de los dedos. Salió de su habitación y se encaminó hacia las escaleras, las cuales bajó con parsimonia hacia la entrada de la casa. La puerta estaba cerrada, y sus manitas no tenían la suficiente fuerza para abrirla.

Dejó de sonreír para ir a la cocina con su madre, que preparaba un estofado.

–Avisa a Jose para que baje a cenar –le pidió sin mirarla mientras cortaba verduras–, a Gema no la despiertes.

María salió sin decir nada, como era habitual en ella. Subió la escalera con parsimonia apoyándose en la barandilla. Pasó por delante de la puerta cerrada de su hermana y tocó a la de su hermano, esperando respuesta. Pero él no estaba en aquel momento.

Sin embargo, sí que vio una escalera de mano al final del pasillo; ni su madre ni María habían reparado en ella cuando habían subido para dejar el jarrón.

Antes de encaminarse hacia ella, volvió a su cuarto a coger su muñeca de trapo.

\*\*\*\*

Jose cerró la puerta de la habitación de su hermana mayor. Se había quedado dormida. Bajó las escaleras de dos en dos, había dejado el libro en su cuarto, por lo que ya no tenía que ir cargado con él. Llegó a la cocina, donde su madre decoraba un jarrón con girasoles y su hermana rebuscaba en los cajones.

–Gema está dormida –anunció el chico. Ninguna dijo nada, por lo que él se retiró hacia su pequeño descubrimiento.

Subió de nuevo al segundo piso, deseoso de llegar al final del largo pasillo, junto a la puerta del lavabo.

Del techo colgaba una cuerda. Emocionado, tiró de ella. En el último año había crecido varios centímetros, haciendo que pareciera mayor de lo que en realidad era. Una escalera de mano se desprendió suavemente, tanto, que no hizo algún ruido al chocar contra el suelo.

Subió a toda prisa, por lo que no recogió la escalera. A pesar de que la luz plateada de la luna entraba a raudales por el gran tragaluz, como un baño de seda blanca; decidió encender la única bombilla que colgaba del techo, desde un viejo interruptor.

El desván estaba sucio, desvaído. Estanterías atiborradas de antiguos volúmenes vestían las paredes, y junto a ellas, baúles de madera. Olía a moho y a cerrado, pero aquello no lo detuvo.

No era un desván corriente, aquello estaba claro. Ni cajas, ni viejos juguetes de plástico amontonados... Lo único destacable era un escritorio de caoba al fondo de la estancia.

Entrecerró los ojos mientras miraba hacia las estanterías y rozó con los dedos los pesados volúmenes. No tenían título, y parecían a punto de convertirse en polvo. Dio un respingo cuando casi tropezó con un baúl, pero decidió no abrirlo

Jose caminó hacia allí con cautela. Limpió el escritorio de polvo con la manga de su camisa e intentó encender la lamparita verde. No funcionaba.

Rotó los ojos, debería habérselo imaginado. Intentó abrir los cuatro cajones y sólo el del final pudo abrirse. Estaba lleno de viejas hojas amarillentas y quebradizas. Lo cerró con desilusión y se encaminó hacia el primer baúl que vio.

Era cuadrado, marrón y a punto de deshacerse de lo podrido que estaba. Era más o menos grande, lo suficiente para que María pudiera meterse dentro. Se agachó para forzar la cerradura, carcomida por el óxido y abrió la pesada tapa con una nube de polvo.

El interior a primera vista parecía vacío, pero en el fondo había una cajita de música. Una cajita de música blanca, con pequeños dibujos de girasoles grabados en la superficie; parecía estar hecha de hueso, pero Jose no se percató de ello.

La cogió con suma delicadeza, quitándole el polvo y las telarañas. Pero antes de que pudiera abrirla, la tuvo que dejar caer ante la impresión de sentir una mano en su hombro; casi se le cayeron las gafas. Profirió un grito de terror y se giró de un salto, incorporándose.

Sus mismos ojos celestes le miraban desde abajo, primero pensó que era un espejo que no había visto, hasta que su mente se aclaró del miedo y vio que

solamente era María, con su habitual muñeca de trapo. Profirió un suspiro de alivio, mientras se secaba el sudor de las manos en el pantalón.

–Me has dado un susto de muerte –le reprochó a la niña, que sólo le miró inexpresiva. Sacudió la cabeza y captó el olor de estofado–. Mamá ya ha hecho la cena ¿no?

La niña asintió débilmente y Jose avanzó hasta bajar por la escalera. María giró la vista hasta posarla sobre la cajita. Acarició los dibujos, y después, algo vacilante, la abrió. Una melodía lenta, ascendió hasta ocupar el desván, coloreando los libros envejecidos y acariciando la luz de la Luna plasmada en los tablones del suelo.

La cerró de golpe y la volvió a dejar en su sitio, a ella y a su muñeca, pensando en su melodía y en que llegaba tarde a cenar. No cerró la tapa del baúl.

\*\*\*\*

Jose no podía dormir. Al terminar de cenar había tenido que despedir a su madre, que tenía que ir a la ciudad a trabajar, y aquello le inquietaba de alguna forma.

Se medio incorporó y recordó los libros polvorientos del desván. Miró a ambos lados con cautela, para ver si detectaba algún sonido, mientras se calzaba con vulgares zapatillas de ir por casa.

Como si fuera una sombra, abrió y cerró la puerta de su habitación. Era noche cerrada, por lo que caminó con cautela hacia esa fuente de información que tanto le había llamado la atención. Juraba que podía pasarse todas las noches leyendo en aquella pieza de paraíso.

Subió las escaleras y encendió la luz. Aquella vez, el resplandor lunar no se extendía como un manto aterciopelado, pues parecía una noche nublada. Pero en realidad aquel cuerpo celeste había desaparecido del firmamento.

Cogió un volumen aleatorio, que puso con delicadeza sobre la mesa y lo abrió. Al instante reconoció el famoso relato de Romeo y Julieta, en letras desvaídas y páginas cuarteadas.

Pasó un buen rato hasta que descubrió algo de entre las páginas. Una llave oxidada y tan plana, que no hacía ningún tipo de bulto entre las hojas del libro.

La miró, comparándola con el suelo de madera y se le ocurrió para qué podría servir. Los cajones que no pudo abrir estaban a su alcance, y con un poco de suerte, aquella podía ser la llave.

No funcionó ni con el primero ni con el tercer cajón. Pero sí con el segundo, que cedió con un ligero estrépito y olor a humedad.

En el interior había hojas de periódico amarillentas. Jose las alzó, temiendo a que se convirtieran en humo por el tiempo. Y lo que leyó le dejó sin respiración.

### ***Misteriosos asesinatos en Villa de Girasol***

Tal como leyó el título, las hojas se desintegraron en sus manos, una muñeca de trapo abrió la cajita de música de hueso en aquel baúl y los girasoles del campo que se encontraban expectantes, giraron sus cabezas hacia la casa.

\*\*\*\*

La pesadilla despertó a Gema. Aún no había amanecido, pero las primeras luces del alba ya se filtraban por los postigos de la ventana.

Abrió los ojos abruptamente, tragando saliva y notando como el sudor frío le bajaba por la espalda. Se incorporó de golpe y se asomó por la ventana.

Sus ojos esmeraldas otearon el campo, plagados de aquella planta; el reflejo del color en el vidrio parecía distorsionado, fantasmagórico incluso. La muchacha pensó en todos sus escasos conocimientos sobre los girasoles: miraban hacia el sol, hacia el amanecer.

Pero aquellos no.

Aquellos le miraban a ella.

De un salto salió por la puerta de la habitación, dando un portazo contra la pared. Corriendo como si su vida pendiera de un hilo, apenas notó el frío de los tablones del suelo o el extraño crujido de la madera astillada, o el olor de la podredumbre en el aire.

Recorrió el pasillo a zancadas rápidas, parando en la puerta de su hermano, la cual abrió de golpe. El corazón se le paró al ver lo imposible.

Vacía.

Se auto convenció de que había sido un sueño. Una absurda pesadilla y que su hermano estaría en la cocina, desayunando. Sus ojos celestes estarían bordeados por el cristal de sus gafas, resbalándose cada dos por tres; ensimismados en una lectura aburrida. Pero en el fondo sabía que su hermano no madrugaba.

Frustrada y asustada se abalanzó sobre la de María. En la repisa de la ventana semicircular, estaban aquellos girasoles vislumbrados en su sueño,

podriéndose en un jarrón azul. Y, volcados hacia abajo como deberían haber estado...

Le miraban, y sus pétalos rasgados, medio marchitados; parecían culparle, observándole. Pidiendo por venganza.

No llegó a cerrar la puerta. Cuando bajó las escaleras a toda pastilla, casi tropezándose con la alfombra, para ir a la cocina y al comedor; buscando a su madre, un golpe resonó en la puerta.

Era frío y hueco, como el sonido que hace un metal al estrellarse contra una pared.

Giró la cabeza muy lentamente, hacia la puerta de roble que la separaba a ella y a aquellas flores. A aquellos seres, que parecían estar vivos.

>>Ni de coña<<. Pensó su agitada mente.

Subió las escaleras de nuevo, con lágrimas de terror resbalándole por las mejillas. Y al llegar al segundo piso, se fijó en cierta escalera de mano, al fondo del pasillo; una escalera que no había estado el día anterior ahí. Dudaba si estaban hacía un momento.

En su vacilación por subir al desván, tropezó y cayó con algo que había en el suelo. Frotándose los doloridos riñones cogió lo que le había provocado la caída: una vela de panal. La tiró al suelo y se dirigió a las escaleras.

Al ir subiendo, una melodía ligeramente conocida bailoteó en sus oídos. Se quedó estática, como si su sangre se hubiera congelado. Se limpió las lágrimas y se forzó a subir, casi oyendo como sus huesos crujían.

Las primeras luces del amanecer entraron por el tragaluz, y se posaban en el cabello de Gema, como si intentara emular el fuego ardiente.

La música se hizo mucho más alta, pero a la vez más distante, como si estuviera bajo el agua. La misma melodía taimada que había oído apenas unas horas antes, se multiplicaba en volumen cuanto más se acercaba hacia el fondo del desván. Cerró los ojos, aguantando la respiración.

Las delicadas notas parecían estar hechas a base de diminutos huesecillos. Como si cogieras un fémur y lo golpearas con un esternón muerto. Macabra y hermosa a la vez.

Al golpear algo con su pie abrió los ojos por instinto.

El golpe resonó de nuevo en la puerta de roble, mientras un grito agudo hacía que los cuervajos posados en el campo de girasoles alzaran el vuelo y esperaran por sus nuevas y más apetitosas pipas.

\*\*\*\*

Estefanía arrancó la furgoneta, se puso la calefacción, la radio, las luces delanteras y pisó el acelerador. Había sido una noche muy dura y quería volver a ver a sus tres hijos antes del amanecer.

La carretera estaba extrañamente desierta y aunque todavía era de noche, se sorprendió de que no hubiera coches circulando.

Excepto un camión. Un camión y un conductor borracho.

Dio un volantazo hacia su perdición.

\*\*\*\*

Le llegó el turno a la pequeña, el de despertar; detrás del hermano iba ella.

Sus ojos se abrieron con un extraño fulgor en la mirada, amarillento, como la miel que se derrite en un trozo de pan recién hecho. Miel que gotearía hasta hacer agujeros en el suelo.

Como automatizada, se levantó de su cama y se dirigió a la ventana con pasos secos. Cogió la vela de panal y atravesó la habitación, como atravesó el pasillo hacia las escaleras. Pareció vacilar y tiró la vela al suelo, como si quisiera impedir algo...

Bajó las escaleras sigilosamente, con sonidos amortiguados por la alfombra. Con pies descalzos, caminó sin siquiera parpadear hasta la inmensa puerta.

No le costó abrir aquella vez y el frío aire nocturno correteó por las ropas del día anterior y alborotó su pelo rojizo.

Cerró el portón y esperó con ojos sin vida.

La primera señal fue un golpe seco en la puerta, con el brazo desnudo. Potente y de ultratumba, el sonido reverberó en los pilares del porche.

Siguió esperando. Esperó hasta que la luz del amanecer se filtró entre las escasas nubes. Pero los girasoles no miraban hacia el sol.

La segunda señal fue de la misma manera, pero desde el interior del desván se oyó un grito desgarrador que hizo graznar a los cuervajos y acompañó a su golpe.

María se movió como un resorte hacia el prado dorado y se internó en él. Las flores le miraban a ella, y conforme iba andando hacia el interior de la pradera, sin alejarse demasiado de la Villa; aquellas plantas se movían a su son.

En su bolsillo tenía un paquete de cerillas.

Cogió una con manos ágiles, la encendió y observó cómo la llama danzaba con la maderita, esperando su oportunidad. Repitió el proceso con un gran puñado de ellas.

Tomó impulso con su cuerpecillo... y las cerillas se precipitaron hacia la casa, la cual ardió, con fuego chispeante; en una hoguera inmensa, con las llamas danzarinas elevándose hacia el cielo hasta que se confundió con él.

Cayó rendida, en aquel baño de oro, fuego y amanecer.

Y ya no se supo más sobre la Guardiana de los Girasoles.